

January 1989

## Una pedagogía de la cultura

Dr. Edgar Ramírez Villamizar

*Universidad de La Salle, Bogotá, revista\_uls@lasalle.edu.co*

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

---

### Citación recomendada

Ramírez Villamizar, D. (1989). Una pedagogía de la cultura. Revista de la Universidad de La Salle, (17), 119-122.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact [ciencia@lasalle.edu.co](mailto:ciencia@lasalle.edu.co).

## Una pedagogía de la cultura

*Dr. Edgar Ramírez Villamizar\**

La educación, contemplada desde su integridad como el conjunto de procesos y acciones impulsoras del ser humano hacia su desarrollo armónico y hacia el logro de una perfección relativa, tanto en lo individual como en lo colectivo, forma parte de un todo mayor que es la *cultura*; en la complejidad de su estructura, es un producto del trato social entre los hombres y las mujeres de todos los tiempos, lo mismo en su condición universal que en la particular de cada grupo de individuos.

En el más ortodoxo de los sentidos, se asigna a la llamada *educación formal*, en especial en sus primeros niveles, la doble tarea de constituirse en el principal vehículo portador de la valoración cultural y de ser posibilitadora de la proyección de los elementos de la respectiva cultura. Desde este punto de vista, la instrucción es una actividad convergente y las diversas asignaturas unas medidoras en el proceso de integración del individuo a su ambiente social. La discusión sobre si la universidad educa, forma o simplemente capacita y entrena, se puede resolver en términos de incidencia: *si la institución universitaria produce profesionales, pero además los enriquece con criterios éticos, de servicio comunitario y de visión humana, indudablemente estará en el campo de la educación, así se trate de la más técnica de las carreras*; es útil recordar que el profesional es un elemento de alta influencia cultural y que su calidad personal impacta no pocos procesos cuando adquiere posiciones de rango y responsabilidad.

Cualquier concepción o cualquier proceder destitutivo de la cultura particular de un grupo humano, están impedidos para actuar en nombre de una educación que se define como hecho cultural y que por eso mismo está ligada a la misión del grupo social; las ideas y las prácticas de una contracultura dada, que

---

\* Licenciado en Educación (U. Libre). Catedrático de Teorías Educativas, Facultad de Ciencias de la Educación-Universidad de La Salle.

se presenten en forma engañosa como mensajeras del progreso son simples mercenarias. Un sistema idóneo de educación, articulado desde el plano de la entidad, debe estar en condiciones de aptitud y de actitud para detectar todo lo que sea lesivo de la cultura propia, para descubrir sus propósitos e impedir que desplace lo vital y lo valioso de las mentes y de los afectos de los niños y los jóvenes. La exigencia es mayor en momentos en que la familia se debilita como institución educadora, hace dejación de su ancestral tarea de transportar la cultura y de darle movilidad social, y pierde cada vez más capacidad para filtrar, seleccionar y administrar los elementos que enriquecen la vida comunitaria. Si nuestro sistema escolar satisface estos requerimientos, declarémonos en jubiloso estado de normalidad; pero si no, busquemos una proposición axiomática, muy elemental pero muy pertinente al caso, y comprometamos con ella el honor y la sensibilidad de todos los que tienen algo que ver con la educación colombiana: "Toda actividad humana, sin excepción, es susceptible de mejoramiento". Un mejoramiento que ha de tener como finalidad devolvernos la fe en nosotros y en las posibilidades de nuestra vida común.

Como fenómeno esencialmente humano que es, la educación no puede estar exenta de las limitaciones que caracterizan todo lo actuado por el hombre. En no pocos casos los sistemas educativos afrontan contradicciones entre la necesidad y al fracaso crónico en el intento de la satisfacción. El problema se agrava cuando no existe preocupación por identificar la necesidad y se intentan diversas soluciones que la ignoran. La contradicción puede desempeñar su cometido dialéctico de dar paso a nuevos hechos o a nuevas concepciones, pero con la condición explícita e inexcusable de que se viva el protagonismo, impregnado de la real aspiración a alcanzar formas más elaboradas de pensamiento y de acción.

Hay que sostener en forma reiterativa que el hombre es el actor y el centro de la cultura. Cuando el énfasis del sistema educativo o de cualquiera de sus agentes se desvía hacia los medios, y éstos usurpan la naturaleza y la esencia de la persona y de sus fines, no encontramos en el terreno de una contradicción que, al carecer de resolución, da lugar a verdaderas aberraciones culturales, tal como la del hombre que acepta pasivamente su destrucción cultural como condición para poder convivir, a título de la modernidad civilizadora, con sus deprevedores o con sus enviados. Parece una constante histórica, aceptada para el caso con cómoda ligereza, el hecho de que la contradicción antagónica planteada por la invasión cultural se ha de resolver en favor y por parte de la cultura dominante, con la reducción de todo lo que aportó siquiera un poco a la identidad del dominado y su sociedad, a la minimidad de un estrado insignificante e inocuo. Si existe un sistema educativo que reconozca su verdadero hábitat cultural, lo interprete para poderlo realzar y le prodigue fidelidad, se espera de él que tome la iniciativa en el empeño de preservar valores e identidad. Con las excepciones que confirman toda regla, creemos que, por las razones que sean del caso, el sistema educativo colombiano está ausente de este propósito. Y si ello es así, resulta un poco desmedido pretender la excelencia educativa; conformémonos con hablar de la efectividad como meta más cercana de las posibilidades reales.

La idea de efectividad, aplicada aquí al sistema educativo colombiano, se realiza en función de su aptitud para movilizar la cultura o las culturas del pueblo nuestro. Es evidente que si no existe una cultura solidificada y cimentada, el respectivo sistema educativo tendrá muy poco sobre qué trabajar: en algún caso se le pedirá que invente una nueva cultura y que la difunda, que importe una ajena y la instale en las conciencias de los estudiantes o se le dejará al garete para que busque algunos elementos falseados y distorsionados del pasado o del presente y haga con ellos lo que pueda. Existe la sospecha de que algo de esto ocurre entre nosotros.

Debido a la ingenuidad con que se ha concebido la interpretación de nuestro proceso de formación nacional, hemos caído en las arenas movedizas de algunos arquetipos erróneos, como el de querer totalizar una cultura nacional a partir de la sumatoria de diversas culturas regionales populares de procedencia variada con la extranjerizante de alguna élite; el resultado de este imposible, bloqueador de la identidad, explica en buena parte el rechazo, el desprecio o la simple ignorancia, si no la vergüenza que en muchas de nuestras gentes o en algunos de nuestros escenarios, se profesa hacia lo representativo colombiano. Un sistema educativo, por más eficaz que se le considere, no podrá obrar el milagro de interpretar solidariamente ese fraccionamiento, desestructurado y en ocasiones contrapuesto; menos alcanzará el poder prestidigitador necesario para divulgar el error como verdad, hacerlo creíble y dejarlo estampado como sello de la personalidad cultural.

Todavía hay quienes consideramos posible la rectificación y el levantamiento, en terreno adecuado, de algo que posea la impronta de nuestra autenticidad. En el campo de la educación se yerguen varios retos de diversa índole, que no pueden permanecer al margen por más tiempo, so pena de que, en manos de esta generación, se extinga el espíritu cultural que puede soportar el determinante de "nuestro":

1. La educación escolar, como vehículo conductor de la cultura y como su principal dinamizador, debe ganar mucha prospección y ascender en los niveles de importancia social, muy por encima de las que tienen no pocas formas decadentes que provienen como subproductos de las culturas que pretenden avasallarnos. Este movimiento ha de partir de los verdaderos actores de la cultura, pues en estas latitudes el estado se ha mostrado y aún declarado incompetente.
2. La simulación, práctica alienadora y denigrante del ser humano, es destructora de toda forma de identidad. Ella encuentra formas, escenarios y condiciones ideales de crecimiento y reproducción en algunas mal llamadas instituciones que vulneran cuanto de útil y conveniente existe para el desenvolvimiento personal y social de los individuos. Los docentes, de cualquier nivel, necesitan ser formados. Hace falta prepararlos para que reconozcan las condiciones que predisponen a la desintegración. En el transcurso de su hechura profesional, es indispensable la ética como principio y como demostración.

3. Hay que detener la tendencia facilista de adiestrar lo más elemental del individuo, sin tocar para nada su conciencia ni su esencia de ser cultural. La producción masiva de especímenes humanos generados por este proceder es el factor que mejor prepara el campo para la barbarie cultural.
4. Los contenidos, que sirven como base sustancial para la estructuración mental y actitudinal de los estudiantes, no pueden continuar supeditados a la tiranía de las formas: tenemos que cambiar la idea de que asistimos a una educación formal para aceptar la de una educación valorativa y actitudinal, de proyecciones culturales más vastas.
5. La magnificación de los medios, tanto instructivos como evaluativos y promocionales, de las sofisticaciones de todo tipo y de toda la parafernalia con que a veces se rodea la actividad educativa, ha de ceder el primer plano a la exaltación del hombre como actor indiscutivo de la vida social. No es posible acceder a la eficacia ni menos al desarrollo si en los medios administrativos y en muchos ámbitos docentes se siguen ignorando peyorativamente los discursos pedagógicos, bien sea porque no constituyen una fuente de interés o porque existe la contradictoria aversión hacia el pensamiento creador, disfrazada de pragmatismo simplista.
6. Hace falta una decodificación mayor de cada una de las culturas que campean en el mapa de nuestra nación. El concepto ambiguo y oscuro de cultura que oscila, sin encontrar asiento, entre el boato de una función operática o de un reinado de belleza y la condición social del niño abandonado a la mentalización masiva para aceptar la esterilización como práctica rutinaria, ha de ser sustituido por otro, más categórico y explícito, que aclare lo que somos como pueblo y satisfaga la ansiedad vital de cada colombiano. El sistema educativo necesita de este nuevo concepto, que tanto estudiantes como profesores puedan comprender para que estén en condiciones de compartirlo y nutrir con él la experiencia escolar.
7. Conviene abrir el campo a la concepción y a la práctica de una pedagogía social, circunscrita dentro de la mejoría actitudinal de toda persona que haya aprendido algo. El profesional o el técnico de cualquier especialidad son potenciales pedagogos sociales: ellos tienen mucho qué enseñar a cualquiera que no tenga su conocimiento ni su experiencia. La nuestra ha sido una cultura carente de su propia pedagogía; esta es una de las circunstancias que la han llevado a la condición que hoy ocupa.

A manera de colofón, dejamos enunciado otro axioma, también elemental, pero no menos pertinente a la misión de la educación escolar respecto de la cultura: "Sólo es posible hablar de efectividad cuando todas y cada una de las personas involucradas en el desarrollo de una actividad están comprometidas, con sus mentes y sus acciones, en la tarea interminable de mejorar la existente".